

Domingo III Adviento

Domingo de la Alegría

Isaías 35, 1-6a. 10; Santiago 5, 7-10; Mateo 11, 2-11

“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»”

12 Diciembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“MANTENEOS FIRMES, PORQUE LA VENIDA DEL SEÑOR ESTÁ CERCA”

En la última película de las Crónicas de Narnia, basada en la obra de C.S. Lewis, dice uno de los protagonistas: *“Para vencer a la oscuridad de ahí fuera hay que vencer la oscuridad se nuestro interior”*. Porque muchas veces queremos iluminar a otros estando nosotros a oscuras. Nuestra oscuridad nos aterra y no nos atrevemos a mirarla, nos avergonzamos de lo que encontramos en lo más recóndito del alma. Sin embargo, para poder vencer nuestra oscuridad, es necesario dejar que Dios venza en nosotros con dolor, aunque se trate de un dolor dulce. Uno de los niños de la película acaba transformado en dragón, reflejo de la oscuridad de su alma. Al ver su fealdad en la piel de un dragón se avergüenza y empieza entonces, sólo entonces, a cambiar. Antes no era consciente de su fealdad interior, ni de su oscuridad. No era capaz de ver la miseria de su vida. Sin embargo, atrapado en la piel de un dragón, logra mirar la realidad de su alma con más libertad. Entonces quiere acabar con ella para poder ser libre. Pese a todo, al intentar liberarse de esa atadura, siente su debilidad e impotencia; él solo no puede desgarrar la dura piel del dragón. Él solo no puede vencer la oscuridad. Sólo Dios puede abrir la piel que no nos deja ver nuestro verdadero ser. Muchas veces es así en nuestra vida. La conversión de la que hablábamos la semana pasada, es fruto del amor de **Dios en nosotros, que, con un dolor dulce, es capaz de vencer la dureza de la piel que nos aísla.**

El otro día leía que el “narcisismo” ya no se va a considerar como un trastorno de la personalidad, sino como algo normal de nuestra sociedad: *“Arrogancia, soberbia, descalificación del otro, son la típicas características del narcisista. Pero en la sociedad occidental actual, donde prima el ‘culto al yo’, el narcisismo ha dejado de ser algo patológico”*, señala el psicoterapeuta Roberto Sivak. Parece ser que, al ser algo corriente, ya no es tan grave. Algo nos consuela, aunque no mucho. Explica **Charles Zanor, psicólogo:** *“El rasgo que lo identifica médicaamente es un marcado error de cálculo de las propias capacidades y posibilidades, acompañado de fantasías de grandeza. El narcisista está tan convencido del alto lugar que le está destinado, que espera que los demás reconozcan su superioridad y que se lo digan. Suelen ser muy sensibles ante la mínima falta de consideración de los demás, pero, al mismo tiempo, no tienen idea de cómo se ven las cosas desde la perspectiva de otras personas”*. Más allá de cómo podamos catalogarlo, el narcisismo en el que caemos con frecuencia, es un problema en nuestra vida. Todos tenemos algo de ese narcisismo metido en el corazón. Percibimos la realidad desde una perspectiva equivocada cuando nos sentimos el centro del universo, pensando que todo gira a nuestro alrededor. Por eso nos cuesta tanto escuchar y comprender; por eso sufrimos tanto al sentirnos rechazados. Por eso nos aislamos como el niño convertido en dragón. Por eso no sabemos amar bien porque nuestro *“yo”* está en un primer plano. **Por eso nos cuesta tanto aceptar el sacrificio y la renuncia, vivir la humildad y dejar que otros crezcan mientras nosotros pasamos desapercibidos o somos ninguneados.**

Hoy vuelve a ser JUAN EL BAUTISTA el protagonista del Adviento. Vive prisionero en la cárcel y nos deja sus últimas palabras: *“En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, le mandó a preguntar por medio de sus discípulos: « ¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»* Juan ha visto al Maestro, lo ha señalado como el Cordero de Dios, ha sido testigo de su bautismo en el Jordán, ha escuchado hablar de sus milagros y, sin embargo, hoy nos deja una pregunta que nos desconcierta. **¿Dudó Juan en el último momento?** Es posible que hubiera soñado otros planes para su propia vida distintos a la cárcel que le tocaba padecer. Sin embargo, nuestra fe nos permite creer que no hay dudas en esta última pregunta de su vida. **S. Jerónimo** lo explica así: *“Juan, en el momento en que había de perecer en manos de Herodes, envía a sus discípulos a Cristo, con el objeto de que, teniendo ocasión de ver los milagros y las virtudes de Cristo, creyesen en El y aprendiesen por las preguntas que le hiciesen”*. Juan no quiere que sus discípulos se desanimen al verlo a él morir en la cárcel; no quiere que abandonen el camino verdadero al no ser capaces de ver a Cristo y reconocerlo. Él sabe que sus días están contados y que tiene que renunciar a sus propios sueños, a sus deseos más íntimos. Juan es todo lo contrario de un narcisista, no se pone en el centro. Ve la realidad con libertad y en la perspectiva adecuada. No duda en renunciar a sí mismo por amor a los suyos, por amor a aquel al que él precede y al que no es digno de desatar sus sandalias. **Disminuye para que Cristo crezca, y, al morir, sabrá que los suyos han seguido el camino correcto.**

Este domingo celebramos el DOMINGO DE LA ALEGRÍA. De alguna forma ya vemos cerca el nacimiento del Señor y el corazón se llena de esperanza. Isaías nos habla de la alegría que nos trae el encuentro con el Señor: *“El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrarán el páramo y la estepa, florecerá como flor de narciso, se alegrará con gozo y alegría. Tiene la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y del Sarión. Ellos verán la gloria del Señor, la belleza de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes; decid a los cobardes de corazón: «Sed fuertes, no temáis.» Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite; viene en persona, resarcirá y os salvará. Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará. Volverán los rescatados del Señor, vendrán a Sión con cánticos: en cabeza, alegría perpetua; siguiéndolos, gozo y alegría. Pena y aflicción se alejarán”*. Isaías 35, 1-6a. 10. La alegría es lo que más desea el corazón. Una alegría que nos llene y le dé sentido a todo lo que vivimos. Es la alegría que nos da saber que Cristo nos salva y nos rescata de nuestra oscuridad y de nuestro pecado. Como explica el **Dr. Jorge Carvajal**: *“La alegría es la más bella de las emociones porque es la emoción de la inocencia del corazón, y es la más sanadora de todas, porque no es contraria a ninguna otra”*. Es la inocencia del corazón que sueña el encuentro con el Salvador y ya no lo teme. Es la alegría que se contagia con una simple sonrisa, como nos dice **Víctor Borge**: *“La risa es la distancia más corta entre dos personas”*. La risa nos une, una simple sonrisa derriba los muros que separan las almas. Aprender a reír y sonreír es una tarea pendiente en muchos corazones. **Siempre debería ser tiempo de alegría para el cristiano, que vive de la esperanza, pero, especialmente este domingo, nos vestimos de fiesta, confiamos y sonreímos.**

Nuestra alegría, la alegría que hoy pedimos para nuestra vida, nace en el corazón redimido por el Señor. Como bien nos lo recuerdan las palabras del salmo: *“Ven, Señor, a salvarnos. El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad”*. Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10. Es la alegría que brota de la fidelidad y vive de la fuerza que da Dios a los que a Él se confían. Entender esta alegría que da Dios no nos resulta fácil, porque nos cuesta encontrarla en la cruz y en el dolor. Es fácil creer en la alegría que produce el éxito, el reconocimiento de los demás, la salud propia y de los seres queridos. La alegría de un nacimiento, la de un día perfecto o la del objetivo

cumplido. Son alegrías reconocibles y deseadas. Es la alegría al pensar en los regalos, en las fiestas que soñamos, en los viajes deseados. La alegría del reencuentro y del amor que se nos regala. La alegría de compartir la vida, los sueños y las esperanzas. **Sin embargo, no es tan fácil comprender la alegría que Cristo quiere regalarnos hoy.**

Jesús nos da testimonio de esperanza y alegría a través de sus obras: “*Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!» Dice S. Juan Crisóstomo: “Los instruye con los milagros y con una doctrina incontestable y muy clara, porque el testimonio de las realidades tiene más fuerza que el de las palabras”*”. Las obras de Jesús son la presencia del Reino en medio de los hombres. Es la fuerza incontestable de su amor que sana y libera. Limpia a los leprosos, hace oír a los sordos, caminar a los inválidos y ver a los ciegos. Su vida trae la resurrección a los fallecidos y la libertad a los pobres. Sus obras son grandes a los ojos de los hombres. Sin embargo, como dice el P. José Kentenich: “*La grandeza de Jesús no estribaba en la grandeza de las obras tomadas en sí mismas. No; su grandeza radicaba en el hecho de que ellas correspondían a los deseos del Padre. De manera similar, la verdadera grandeza del hombre consiste en que cada una de sus obras esté íntimamente ligada a la voluntad de Dios*”¹. Treinta años de silencio en Nazaret, silencio y persecución en Belén y después sólo algunos milagros; los Evangelios recogen sólo 35 milagros, aunque seguramente haría otros que no quedaron escritos. Pocos signos para hacer creer al mundo que era a Él al que estaban esperando. Por eso su verdadera grandeza no se encuentra en los grandes signos, en los milagros que dejan a todos maravillados y llenos de asombro. No, su mayor obra es el silencio obediente y paciente de la cruz, su sí sobrecededor a la voluntad de su Padre. **Su mayor obra es la que no logramos entender, aquella que oscureció nuestras vidas durante sólo tres días.**

ÉSE ES EL VERDADERO GRAN MILAGRO DE JESÚS, SU CORAZÓN DÓCIL A LA VOLUNTAD DE DIOS, SU SÍ FIRME Y SEGURO. Es la palabra que más espera nuestro Padre en el cielo y la que más nos cuesta pronunciar cada mañana. Es el sí que abre paso al Espíritu, el sí que permite que Dios se haga carne en medio nuestro. En el silencio, sin grandes signos ni milagros. Sin embargo, el corazón desea los milagros. Quiere la sanación de las personas queridas, porque no entiende la enfermedad ni la muerte. No puede aceptar que la vida siga un rumbo diferente al que el corazón anhela. El corazón del hombre anhela la plenitud, la eternidad, el amor para siempre y la vida feliz. *¿Por qué no hace Jesús más milagros? ¿Por qué sus santos, que lo acompañan en el cielo, no interceden y logran que venza la vida sobre la muerte?* Nosotros seguimos pidiendo milagros y muchas veces desconfiamos de ese Dios que no escucha nuestra oración constante. Nos rebelamos cuando Dios parece haber callado su voz y sus manos no están presentes en el mundo. Nos rebelamos al entender que sus planes son otros, más importantes que nuestros pequeños planes. Nos enfadamos porque nos cuesta esa cruz que pesa y no sabemos hacia dónde caminar con ella. Rezamos hoy con fe para que Dios haga lo que escuchamos en el Evangelio, esos milagros, esos signos, que convencen a los discípulos de Juan de una verdad profunda, porque ya no tenían que seguir esperando. Cristo está presente en sus obras y queremos verlas para que nuestra fe aumente. Nos gustan las señales que dejan ver el rastro de Dios. Nosotros, como los discípulos, quisiéramos ver más signos para creer, para tener más confianza y anunciar al mundo el amor de Dios que lo vence todo. Nos gustaría ver señales inequívocas de su presencia, enfermedades curadas de raíz sin explicación médica, señales que nadie pudiera cuestionar y que convencieran a todos. Nos gustaría decirle a los incrédulos: “*¿Pero no veis las señales?*” **Sin embargo, el silencio de Dios es abrumador y nos hace perder la esperanza.**

¹ J. Kentenich, “En las manos del Padre”, 147

Tenemos que aceptar la realidad, el camino de los grandes milagros nunca ha sido el camino de Jesús. Él prefiere referirse a la sencillez de la vida, al sí humilde de los pobres. Por eso habla del **testimonio de Juan:** "Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: « ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito: "Yo envío mi mensajero delante de ti, para que prepare el camino ante ti." Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.» Mateo 11, 2-11. Para evitar que se dude de la fidelidad de Juan y de su santidad, Jesús lo coloca en el centro y lo alaba. **Comenta S. Juan Crisóstomo:** "Por eso dice: "¿Qué fuisteis a ver en el desierto?" Como si dijera: ¿Por qué os reunisteis en el desierto abandonando las ciudades? Porque no se hubiera reunido con tan gran deseo en el desierto una multitud tan numerosa si no hubiera juzgado que iba a ver a un hombre grande, maravilloso y más fuerte que una roca. Si él hubiera querido vestir con comodidad, no hubiera habitado en el desierto, sino en los palacios de los reyes". Les dice todo esto para que comprendan el motivo por el que siguieron a Juan. No lo siguieron por sus grandes señales, no creyeron en Él porque fuera todopoderoso. Juan nunca cambió su discurso, fue fiel hasta el final como lo mostrará pronto su muerte. Fue encarcelado por su fidelidad y entregó su vida en un juego incomprensible. Desde la cárcel no pudo ser discípulo aquel que anunciaría al Mesías. **Y dejó la tierra habiendo sido el más grande de los hijos pequeños de Dios.**

SU GRANDEZA, ENTONCES, TAMPOCO ESTUVO EN SUS OBRAS. Dios en él no hizo grandes milagros, no impidió su muerte cuando hubiera podido hacer algo para salvarlo de la cárcel. El gran milagro de Dios en Juan fue la conversión silenciosa de su corazón en el desierto. El otro día pensaba en una persona que ha muerto hace poco de cáncer. El gran milagro de Dios en su vida lo ha obrado en su enfermedad. En su dolor, en su deterioro lento y progresivo. En su amor silencioso hacia María y hacia su familia. En la enfermedad que los médicos no lograban vencer, Dios vencía en su corazón y lo hacía suyo, dócil a su voluntad; agrandaba su alma para hacerla capaz de amar más, de amar con una fuerza distinta, con un coraje y unas ganas inmensas de vivir. Con dolor y con pena, pero con la certeza de saber que Dios y María lo acompañaban en el silencio. Con una serena alegría difícil de comprender. **¿Cómo se puede vivir con alegría la enfermedad?** "Soy un privilegiado", decía un día. ¡Un privilegiado en la enfermedad! Allí donde tantos corazones se rebelan ante el dolor. Es el milagro silencioso de la transformación interior en su vida. Es cierto que hoy no llama tanto la atención ese milagro, tal vez porque no era el milagro que pedíamos con más fuerza. No es el milagro que todos pueden ver. Queríamos tenerlo entre nosotros para siempre y el corazón se resiste a perder a los que ama. La cruz resulta incomprensible y es el milagro más grande de Jesús en su propia vida. Es un milagro vivir el dolor con un corazón calmado, es un milagro sonreír desde la cruz. **Un milagro rezar con un "amén" cuando las fuerzas se escapan, un milagro enterrar en "tierra de mártires" el propio corazón cansado.**

El tiempo de Adviento pasa rápidamente y ya estamos en la tercera semana. El testimonio de Juan Bautista nos hace ver la importancia de preparar el corazón para que Dios venga a poner en él su morada. Para ello, como dice el **P. José Kentenich** es necesario educar un corazón sencillo: "Para obligar a Dios a que descienda a nuestra vida, tenemos que cultivar la sencillez, la simplicidad y la humildad, reconociendo el poder y la riqueza de Dios, y experimentándonos ante Él como una pequeña nada. Pero una nada que vive de la misericordia del eterno e infinito Padre Dios"². Sabemos que es la única forma de lograr que tome nuestra vida y la transforme en un signo, en un gran milagro de su misericordia. S. Pablo hoy nos habla de la necesidad de cuidar ese corazón nuestro que no es sencillo ni

² J. Kentenich, "En las manos del Padre", 144

humilde: “Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. El labrador aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe la lluvia temprana y tardía. Tened paciencia también vosotros, manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca. No os quejéis, hermanos, unos de otros, para no ser condenados. Mirad que el juez está ya a la puerta. Tomad, hermanos, como ejemplo de sufrimiento y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor”. Santiago 5, 7-10. Paciencia y fidelidad, humildad y sencillez en la entrega. Juan disminuyó porque Jesús tenía que crecer en su corazón. Él tenía que hacerse pequeño para que Cristo pudiera ocupar gran parte de su vida. Juan no entraba en el grupo de los narcisistas de los que antes hablábamos. No vivía centrado en sus necesidades. **Simplemente puso en camino a sus discípulos y dejó que Cristo siguiera su labor con ellos.**

Esta semana hemos celebrado la gran fiesta DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN. María es la **tercera protagonista de este tiempo de Adviento.** Ella es la mujer que “*lo esperó con inefable amor de Madre*” (II Prefacio Adviento); y “*dio a luz al Salvador del mundo*” (Plegaria eucarística). Fue el beato franciscano **Duns Scotto** el que preparó el camino para la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María. Se dice que al encontrarse frente a una estatua de María hizo esta petición: “*Oh Virgen sacrosanta dadme las palabras propias para hablar bien de Ti*”. Y les decía a los que ponían en duda la concepción sin mancha de María: “*Dios pudo hacerlo, lo quiso, luego lo hizo*”. Utilizando sus propias palabras: “*Esta niña celestial/ de los cielos escogida/ es la sola concebida/ sin pecado original*”. Su vida fue el camino que nos acerca al corazón de María. Decía Pío IX en la Constitución apostólica «*Ineffabilis Deus*» para la definición y proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción el 8 diciembre de 1854: “*Con ese singular y solemne saludo, jamás oído, se manifestaba que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino Espíritu; más aún, que era como tesoro casi infinito de los mismos, y abismo inagotable*”. María es la llena de gracias y esa certeza es la que nos lleva a dirigirnos hacia Ella con un corazón dócil de hijos. **Ella se va a encargar de cuidarnos y educarnos solamente si le entregamos libremente nuestra vida.**

María está llena de gracia y llena de luz; por eso puede sembrar la luz en nuestro interior. María es la expresión más pura de la belleza, está llena de Dios y es la trasparencia del amor de Dios, es la alegría plena. María no tiene oscuridad porque en Ella no vence el pecado. Ha sido concebida sin pecado para que en su interior pueda nacer el que no tiene pecado, Dios mismo. En Ella encuentra fácilmente Dios un lugar en el que habitar. Muchas veces la miramos a Ella Inmaculada, sin pecado y sentimos que nunca podremos asemejarnos. De esta forma corremos el riesgo de alejarnos, pensando que no somos dignos y que nunca seremos como Ella. Sin embargo, el amor asemeja. Si la amamos y, lo más importante, nos dejamos amar por Ella, nos asemejaremos. No obstante, surge la pregunta, ¿dejaremos de pecar? No, claro está, el pecado será siempre parte de nuestro camino. Entonces, ¿en qué nos podemos asemejar? ¿En qué tenemos que autoeducarnos? Decía el **P. Kentenich** sobre el papel educador de María: “*Ésta es la Madre tres veces admirable que quiere educarnos a ese desprendimiento interior de uno mismo. Quiere educarnos a que superemos todo lo primitivo, todo lo infantil. Sólo una cosa debemos saber: lo que es servicio de Dios y de su Obra*”³. Nosotros le entregamos nuestro corazón enfermo y Ella, a cambio, nos da su corazón. Nos consagramos a Ella y Ella se consagra a nosotros, se compromete para siempre con nuestra vida. Es la actitud que queremos cuidar en nuestro corazón. María no conoció el pecado pero sí tuvo que elegir en cada momento la voluntad de Dios. Se dejó guiar por el Espíritu y aceptó a Dios en su vida. **Ella es la armonía perfecta y quiere educarnos para armonizar nuestro mundo interior, nuestras oscuridades, nuestros amores inmaduros e infantiles.**

³ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”, cap. 3